



Carlos Mérida

Margarita Nelken

1961

... No es raro el caso de un artista que haya empezado por dedicar sus afanes a actividades distintas, y harto distantes de las que, a la postre, acabarán por ser específicamente las suyas y darle fama, en vida o póstuma. Los ejemplos de un Van Gogh misionero en el Borínaje, y de un Gauguin aprendiz de banquero, son sin duda los más conocidos, entre los de artistas que no pudieron sino ya tarde dedicarse a lo que consideraban ser su misión real. Y no hablemos ya de un Aduanero Rousseau, y de tantos "pintores del domingo", cuyas manifestaciones artísticas han sido, o son, en su ya muy pesada madurez, revelación ante todo para ellos mismos. Menos frecuente es el caso del artista que acaba por realizarse en un arte que no es aquel con que soñaba, sino otro impuesto por la imposibilidad fundamental -física- de dedicarse al primero.

Carlos Mérida quería ser músico. Concretamente: pianista. Tenía unos quince años cuando comprendió que la música habría de quedar para él en simple recreo de *dilettante*. Había nacido en la capital guatemalteca en 1891. Se puso a aprender música de muy niño, mas como un niño que tiene ya firme la voluntad de lo que habrá de ser cuando hombre. El piano, la teoría de la música, la composición... Todo iba bien: sería pianista, y quizá compositor. Por 1906, le empezó una sordera, no muy aguda, mas lo bastante para elevar una barrera infranqueable entre la vocación y la realidad. El piano y las lecciones de armonía trocáronse entonces en pinceles, y en afán de en investigar en el campo de la pintura.

En Guatemala vivía a la sazón un tipo de estos como sólo España los produce, de la picaresca y las novelas de caballería a nuestros días. Uno de estos tipos que pueden ser ricos sin tener un centavo, nobles habiendo nacido en cuna humilde, enciclopédicos sin haber seguido estudios regulares, y que sientan cátedra altísima de enseñanzas diversas, y de señorío sin dejar de entregarse a menesteres que, en otros que no fueran ellos, serían distintivo de vida a ras de suelo. Sabartés tenía en Guatemala una tienda de ropas. A mayor abundamiento de paradoja un portal. Como había llegado a Guatemala y cómo había emprendido ese comercio, es cosa que nadie recuerda y que para nada importa. Lo esencial es que, junto a su mostrador, y entre regateo y regateo de clientes, Sabartés les descubría a los jóvenes guatemaltecos ansiosos de saber del arte del mundo, horizontes insospechados. Antes de emigrar a América había conocido, en su Cataluña natal, a algunos de los que, andando el tiempo, habrían de cambiar el rumbo y la significación del arte contemporáneo o que ya habían introducido a la pintura por nuevos derroteros. En medio del corro de su tertulia - íbamos a decir de su corte de artistas en potencia, Sabartés, día tras días, en su tienda de ropas pontificaba. Sus oyentes atendían con reverencia a esas palabras que descorrían velos, descifraban mensajes, y hacían de cada uno de ellos un neófito en los misterios de un templo cuya puerta, antes, nadie sabía por dónde abrir.

En Barcelona, Sabartés había tratado a Picasso. Era amigo de Picasso. A tal extremo, que allí, **en su trastienda, tenía dos retratos que le había hecho Picasso, y algunas de sus pinturas de la "época azul": tal como suena.** Un día, Sabartés desaparecería de Guatemala tan inexplicablemente como en Guatemala había aparecido. Un día, se sabría que algunos aquellos Picassos suyos figuraban entre las joyas del Museo de Arte Occidental de Moscú, y que el propio Sabartés, como secretario particular, biógrafo y "Eckerman" del pintor del "Guernica", y, en fin, como novelista formaba parte de ese "todo París", círculo relativamente reducido, cuyos tentáculos de atracción abarcan todos los continentes.

Por aquellos años -1907, 1908, 1909- Sabartés en Guatemala era una institución. Y un pilar fundamental del desenvolvimiento intelectual y artístico. Por un su amigo, o pariente, que se le vino a reunir, se **hizo traer unos Nonelles y unos Joaquín Mir**: figuras de contornos incisivos y realismo son efugios, y paisajes cuyo empastado hacía vibrar la luz en la crudeza de los tonos. Con

Los Picazos, fueron las primeras modernas llegadas a Guatemala. Las primeras pinturas “no iguales a las demás”, que le era dado contemplar a los jóvenes contertulios de la tienda de ropas: lo más granado de la joven intelectualidad guatemalteca.

Así descubrió Carlos Mérida su necesidad de marchar a Europa. En 1910 está en París, y frecuenta los talleres de Anglada Camarasa, Van Dongen y Modigliani. Ya queda dicho que le ciega el color. Afortunadamente, las contradicciones existentes entre los tres pintores a quienes tiene por maestros, le salvan de adscribirse y someterse a la enseñanza de ninguno de ellos. De los tres, el que le imprime huella más indeleble, es desde luego Amadeo Modigliani. Anglada, lujurioso, desbordante, levantino en todos y cada uno de sus brochazos, le dio, sin embargo, el ejemplo del colorido doblegado a las exigencias de una composición que ningún tema, y ningún deslumbramiento, podían desviar de su equilibrio; Van Dongen, que había empezado, en Holanda de sus primeros años, por barnizar cascos de caballos, conservaba, en su batahola de mundanidades, un aspecto “obrero” de honestidad popular, por el cual sabía a tiempo encogerse de hombros ante los “snobismos” que le iban convirtiendo en multimillonario, y no olvidarse del todo, en las sombras verdes o moradas de los rostros simplificados de sus modelos del llamado gran mundo, de las lecciones del Veronés, dios apasionadamente servido por sus pasos iniciales de artista. Y cuando –muy de tarde en tarde, cierto- hacía un retrato que no estaba destinado a complacer o asombrar a alguna dama de novísimo blasón o a una estrella de novísimo rango en la sociedad, daba rienda suelta a una imaginación cuya base era una ternura avergonzante, como en ese retrato de *La Ascensión* de su padre, al cual unos angelotes, bajo las especies de unas damiselas en camisa, se llevaban a las alturas, sentado en su butaca cotidiana, y fumando su pipa de cada día, entre un coro de nubes. Era una trasposición, a los tiempos actuales, de la fórmula *quattrocentista* que vestía a estilo de la época, y situaba entre muebles y utensilios de la época, a los ángeles y demás personajes celestiales. Un ejemplo de la posibilidad de remontarse a enseñanzas pretéritas, no por arcaísmos, sino por modernismo.

Pero, con Modigliani, Carlos Mérida aprendió dos cosas que tenían categoría determinante: el desinterés absoluto en la labor de creación de la obra de arte desligada de cualquier finalidad ajena a ella misma, y, conjuntamente, la sujeción a una finalidad –la suya- de antemano elegida.

También le enseñó el pintor de algunos de los desnudos femeninos más rigurosos construidos de la pintura, que la obra de arte es, no además, sino ante todo, obra de inteligencia. Así sea de inteligencia intuitiva.

Cuando Carlos Mérida –después de recorrer Bélgica y Holanda no sólo por sus museos, sino, hecho que más tarde le servirá de punto de referencia básica, por la penetración de la íntima fusión de sus escuelas con su luz, sus espectáculos naturales y sus formas arquitectónicas – regresa a Guatemala de su primer contacto con el arte europeo, ha aprendido ya lo más que éste le podía enseñar; que su propia verdad, él tenía que buscársela personalmente, y por sus propios caminos.

Para un pintor centroamericano, el riesgo era grande. Lo de siempre: la apariencia que, en vez de revelar el fondo, lo disimula. “Comprendí –dirá él mismo- que el folklore era una trampa que estorba al artista, por honesto que sea.” Modigliani, cuyas últimas palabras fueron: “¡Cara Italia!”, antes se hubiera muerto de miseria, y así casi murió, que avenirse a pintar, para una clientela segura de turistas, tarantelas o mercados inundados de colorido mediterráneo. Empero, la pintura de Modigliani es, en la “Escuela de París”, de aportación genuinamente italiana.

Al ver por primera vez a Guatemala con ojos abiertos lejos de ella, Carlos Mérida, pintor amalgama de raíz maya quiché y de inmigrante español, percibe, de golpe, el sentido de su plástica milenaria, y de la perduración de ésta, en formas y colores, a través de cuanto le rodea y de las antenas de su propia sensibilidad. En 1919, llega a México...

Origen Documento:

Nelken, Margarita. **“Carlos Mérida”**. Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección de Publicaciones. 1961.